# FUTURO

# PEQUEÑAS ANECDOTAS SOBRE LAS INSTITUCIONES

**Durante décadas, las teorías sociales más críticas consideraron que las instituciones eran ante todo dispositivos de los que se valía el Estado para controlar, corregir, domar, pasteurizar, en fin, a los ciudadanos. Así, escuelas, manicomios, hospitales, fábricas y oficinas fueron puestos en la picota como lugares donde se alienaba a la buena gente sin nada que valiera la pena a cambio. Pero los años han pasado y hoy se percibe un nuevo, inesperado fenómeno: el Estado parece desentenderse de aquellas instituciones donde antes ejercía su tutela y deja a la gente cada vez más librada a su propia suerte. Este fenómeno y sus problemas conexos (la apatía de la opinión pública, la falta de rebeldía en los sectores más desprotegidos, etc.) serán tratados en el primer encuentro El Espacio Institucional, entre el 21 y el 24 de este mes. Del cónclave, interdisciplinario por principio, participarán analistas institucionales de fuste, como los franceses René Lourau, Robert Castel y Gerard Mendel, y sus colegas locales. Pero será también un foro de debate donde un importante sector del psicoanálisis argentino propondrá algunas ideas para volver a pensar cuestiones colectivas, de esas que trascienden los consultorios.**



# COMPROME DESENCANT IMPLIC

*Por Juan Carlos Volnovich**



Para quienes comenzamos nuestra formación a partir del psicoanálisis, la psicología institucional que se difundió en la década del 60 fue una novedad, un verdadero descubrimiento que apasionó a unos cuantos y nos arrastró a muchos. La psiquiatría comunitaria aportó una nueva manera, menos prejuiciosa, de lidiar con la enfermedad mental.

Era la época del "intelectual comprometido". Comprometidos con las luchas populares, indignados ante las injusticias sociales, dispuestos —siempre listos— a poner nuestra ciencia al servicio de los desposeídos, a luchar contra la discriminación de la locura. Fue el momento en que, junto al mito de la neutralidad valorativa del científico, se derrumbó nuestra fidelidad al positivismo que impregnaba la teoría y la práctica psicoanalíticas. Las utopías emancipadoras más trascendentes del siglo XX (Marx y Freud) nos convocaban a grandes cambios.

La fuerte corriente antipsiquiátrica que se inició en los 60 y culminó en los 70 mantuvo el interés por los efectos de la institucionalización e impulsó tanto nuestra práctica como nuestras reflexiones. Como institucionalistas pregonábamos el "estallido de las instituciones". Empezamos por casa: la propia institución del psicoanálisis fue cuestionada y con el Grupo Plataforma y el Grupo Documento produjimos la primera ruptura por razones ideológicas y políticas en el seno de la Asociación Psicoanalítica Internacional desde que Freud la fundara.

Posteriormente los trabajos de Giles Deleuze y Felix Guattari, de Robert Castel, de René Lourau sobre análisis institucional y de Gérard Mendel sobre sociopsicoanálisis conmovieron nuestro campo y estimularon una producción local singularmente interesante.

No obstante, el desarrollo posterior en nuestro medio quedó reducido a grupos pequeños de especialistas, profesionales inquietos, sensibles, que desplegaron su producción en forma despareja y aislada y con un contacto asistemático entre sí y con los centros de producción metropolitanos. Los años de la dictadura militar no fueron ajenos al aislamiento y a la precariedad que caracterizaron al movimiento institucionalista en nuestro país.

Sin duda, el auge psicoanalítico —con un acentuado carácter monopólico, que ocupó el campo amplio de la psicología y la cultura en general— influyó en la marginación relativa a la que se ha visto reducida la producción institucionalista local y a la escasa sensibilidad para recibir las nuevas ideas producidas en Francia, y también, en otros países en América latina.

## LA DECADA PERDIDA

La democracia nos sorprendió en los 80. No fue la nuestra una democracia que supimos conseguir. Fue una democracia concedida. Ese defecto de origen se le nota. Falla de una democracia abierta, no desde el deseo, sino desde el terror. Esa democracia es la que condicionó para el psicoanálisis esta "década perdida". Una democracia aterrorizada permite, sólo, psicoanálisis aterrado. Un psicoanálisis hecho dentro de los límites acotados por el poder represivo.

Así, los 80 no superaron a los 70. Los negaron. Negaron la modernidad. Principalmente negaron cualquier proyecto de emancipación posible. Los discursos psicoanalíticos de izquierda que inundaron la década anterior, quedaron descartados. Basureados como "vanos metarrelatos carentes de fundamentos", diría Lyotard.

La posmodernidad pretendió levantarse sobre las ruinas de un proyecto modernista, emancipador, intentando sepultarlo. Pero es difícil sepultar lo que nunca llegó a construirse. Y más difícil aún es reemplazarlo. Sólo que el discurso libertario de los 70 no es criticado por la posmodernidad. Tampoco estrictamente negado para trascenderlo en nombre de algún otro proyecto alternativo que supere sus límites o busque nuevos fundamentos. Nada de eso. El pensamiento posmoderno que se impuso en los 80 arrojó por la borda la categoría misma de "fundamento" con lo cual se inutilizó todo intento de legitimar un proyecto.

"El reconocimiento de la carencia de fundamento y de su carácter irrevocable lleva consigo la renuncia a cualquier tentación de formular un proyecto total de transformación de la realidad social", afirma Franco Crespi, uno de los voceros del *pensiero debole*. Crespi lo dice así, muy suelto de cuerpo, como si fuera posible renunciar a un proyecto de transformación social —a todo proyecto de transformación social— cuando el hambre no deja vivir.

El acontecimiento "novedoso" de los 80, la negación del proyecto emancipatorio, se constituyó así en una cuestión central. No sólo teórica, sino práctica y política, ya que descalificó toda acción y condenó a la impotencia o al callejón sin salida de la desesperación cualquier intento por transformar radicalmente la sociedad.

El psicoanálisis de la democracia reemplazó al psicoanálisis de la dictadura militar y *desresponsabilizó a los psicoanalistas con respecto a las injusticias sociales*. Esto fue sólo posible por el discurso posmoderno que lo legitimó. Permitió la ficción de democracia a costa de ignorar la ley, en cada uno de nosotros interiorizada, que al mismo tiempo que ejercía su violencia domesticadora nos imponía una alucinada independencia para administrar nuestros propios límites para gestionar nuestras miserias.

Transcurrimos así los 80 encandilados por una democracia que fue (¿es?) sólo un síntoma. Transacción. Solución de compromiso. Resultado de las fuerzas que el más poderoso ejerció sobre el más débil. Asimetría del pacto entre la rigidez de los militares y la fragilidad de los civiles que nos habilitó para ejercer ese ilusorio psicoanálisis dessujetador cuando en realidad estábamos desplegando nuestro psicoanálisis aterrado en esta democracia terrorífica.

El psicoanalista "comprometido" de los 70 dejó paso al psiconalista "desencantado" de los 80. "Desencantado", en modo alguno, alude a una suerte de desapasionamiento, de fría relación con la "causa" freudiana o lacaniana. Por el contrario, el psicoanalista de los 80 mantuvo su integración en las asociaciones psicoanalíticas pertenecientes a la internacional. También se institucionalizó en un sinnúmero de pequeñas corporaciones privadas, escuelas y escuelitas, núcleos, seminarios, clínicas. Estas instituciones —integradas por psicoanalistas profundamente "involucrados"— han inundado un mercado que se caracterizó por la rivalidad despiadada y la competencia inescrupulosa. Grupos de psicoanalistas disidentes —muchas veces en forma individual, pero no menos "involucrados"— se ocuparon de desregular constantemente las normas de la competencia, tanto en la enseñanza, en la transmisión, como en la clínica psicoanalítica.

Decía que el psicoanalista "comprometido" de los 70 dejó paso al psicoanalista "desencantado" de los 80. "Desencantado" pero no menos implicado con la institución que lo burocratizó y lo encerró cada vez más. De ahí que *la implicación del psicoanalista de los 80 está, paradójicamente, al servicio de evitar el análisis de la implicación:* esto es, el análisis de las adhesiones a las teorías y a las instituciones del sexo, del dinero y del poder; el análisis de la participación y de la no participación, de las motivaciones y de las indiferencias, de las investiduras y las desafectaciones.

Paradójicamente durante la década del 70, en pleno renacimiento del capitalismo y cuando el genocidio tornó más transparentes los efectos de la dominación de clase, los psicoanalistas racionalizaron su indiferencia política tomando distancia de lo social y desprestigiando cualquier teorización donde lo colectivo intentara ocupar un lugar explicativo.

## IMPLICADOS EN LOS '90

Si los 70 fueron los años del intelectual "comprometido" y los 80 del intelectual "desencantado", los 90 serán años del inte-

## CONTROLATE A TI MISMO

**(Por R. G.)** "Las formas más modernas de control funcionan bajo una forma capilar, economizando, la mayoría de las veces, la coerción directa. Desde esta perspectiva, la cuestión principal del control deviene en la de la interiorización de las órdenes y no la búsqueda obsesiva del monopolio de las manipulaciones. Es así como el paradigma más significativo de imposición de regulaciones sociales deja de ser el modelo autoritario del Estado Leviatán. Debe buscárselo más bien por el lado de ciertas extrañas liberalidades del liberalismo que inducen al individuo a elegir su forma de sujetamiento, requiriéndole el autoadministrar coerciones insoslayables."

La frase pertenece a Robert Castel, uno de los analistas institucionales que vendrá a Buenos Aires y resume uno de los grandes enigmas de las teorías sociales de nuestro tiempo: por qué (contra lo que hasta el mismo liberalismo clásico pensaba) a una mayor, casi absoluta libertad, el individuo moderno (¿habría que decir posmoderno?) responde con una mayor apatía. La hiperoferta de bienes y servicios, la colonización alienante del tiempo libre, la sobreinformación como mejor método para desinformar son sólo algunos de los bordes conexos de este fenómeno sobre el que recién se están empezando a ajustar unos pocos precarios conceptos.

Por eso extrañara a quienes se acerquen al encuentro El Espacio Institucional la curiosa variedad de temas y problemas sobre los que se discutirá. Desde la situación de los derechos humanos hasta experiencias de organización cooperativa y comunitaria; desde un replanteo de los ejes de lo público y lo privado en la familia hasta una puesta a punto de cuestiones sobre el feminismo y de la nueva masculinidad.

En todos los casos, la premisa parece ser aprovechar de cada situación y contexto específico todo aquello que permita precisar categorías que ayuden a repensar la alienación del hombre, viejo tema.

# COMPROMETIDOS, DESENCANTADOS, IMPLICADOS

*Por Juan Carlos Volnovich**



Para quienes comenzamos nuestra formación a partir del psicoanálisis, la psicología institucional que se difundió en la década del 60 fue una novedad, un verdadero descubrimiento que apasionó a unos cuantos y nos arrastró a muchos. La psiquiatría comunitaria aportó una nueva manera, menos prejuiciosa, de lidiar con la enfermedad mental.

Era la época del ''intelectual comprometido''. Comprometidos con las luchas populares, indignados ante las injusticias sociales, dispuestos —siempre listos— a poner nuestra ciencia al servicio de los desposeídos, a luchar contra la discriminación de la locura. Fue el momento en que, junto al mito de la neutralidad valorativa del científico, se derrumbó nuestra fidelidad al positivismo que impregnaba la teoría y la práctica psicoanalíticas. Las utopías emancipadoras más trascendentes del siglo XX (Marx y Freud) nos convocaban a grandes cambios.

La fuerte corriente antipsiquiátrica que se inició en los 60 y culminó en los 70 mantuvo el interés por los efectos de la institucionalización e impulsó tanto nuestra práctica como nuestras reflexiones. Como institucionalistas pregonábamos el ''estallido de las instituciones''. Empezamos por casa: la propia institución del psicoanálisis fue cuestionada y con el Grupo Plataforma y el Grupo Documento produjimos la primera ruptura por razones ideológicas y políticas en el seno de la Asociación Psicoanalítica Internacional desde que Freud la fundara.

Posteriormente los trabajos de Giles Deleuze y Felix Guattari, de Robert Castel, de René Lourau sobre análisis institucional y de Gérard Mendel sobre sociopsicoanálisis conmovieron nuestro campo y estimularon una producción local singularmente interesante.

No obstante, el desarrollo posterior en nuestro medio quedó reducido a grupos pequeños de especialistas, profesionales inquietos, sensibles, que desplegaron su producción en forma despareja y aislada y con un contacto asistemático entre sí y con los centros de producción metropolitanos. Los años de la dictadura militar no fueron ajenos al aislamiento y a la precariedad que caracterizaron al movimiento institucionalista en nuestro país.

Sin duda, el auge psicoanalítico —con un acentuado carácter monopólico, que ocupó el campo amplio de la psicología y la cultura en general— influyó en la marginación relativa a la que se ha visto reducida la producción institucionalista local y a la escasa sensibilidad para recibir las nuevas ideas producidas en Francia, y también, en otros países en América latina.

## LA DECADA PERDIDA

La democracia nos sorprendió en los 80. No fue la nuestra una democracia que supimos conseguir. Fue una democracia concedida. Ese defecto de origen se le nota. Falla de una democracia abierta, no desde el deseo, sino desde el terror. Esa democracia es la que condicionó para el psicoanálisis esta ''década perdida''. Una democracia aterrorizada permite, sólo, psicoanálisis aterrado. Un psicoanálisis hecho dentro de los límites acotados por el poder represivo.

Así, los 80 no superaron a los 70. Los negaron. Negaron la modernidad. Principalmente negaron cualquier proyecto de emancipación posible. Los discursos psicoanalíticos de izquierda que inundaron la década anterior, quedaron descartados. Basureados como ''vanos metarrelatos carentes de fundamentos'', diría Lyotard.

La posmodernidad pretendió levantarse sobre las ruinas de un proyecto modernista, emancipador, intentando sepultarlo. Pero es difícil sepultar lo que nunca llegó a construirse. Y más difícil aún es reemplazarlo. Sólo que el discurso libertario de los 70 no es criticado por la posmodernidad. Tampoco estrictamente negado para trascenderlo en nombre de algún otro proyecto alternativo que supere sus límites o busque nuevos fundamentos. Nada de eso. El pensamiento posmoderno que se impuso en los 80 arrojó por la borda la categoría misma de ''fundamento'' con lo cual se inutilizó todo intento de legitimar un proyecto.

''El reconocimiento de la carencia de fundamento y de su carácter irrevocable lleva consigo la renuncia a cualquier tentación de formular un proyecto total de transformación de la realidad social'', afirma Franco Crespi, uno de los voceros del *pensiero debole*. Crespi lo dice así, muy suelto de cuerpo, como si fuera posible renunciar a un proyecto de transformación social —a todo proyecto de transformación social— cuando el hambre no deja vivir.

El acontecimiento ''novedoso'' de los 80, la negación del proyecto emancipatorio, se constituyó así en una cuestión central. No sólo teórica, sino práctica y política, ya que descalificó toda acción y condenó a la impotencia o al callejón sin salida de la desesperación cualquier intento por transformar radicalmente la sociedad.

El psicoanálisis de la democracia reemplazó al psicoanálisis de la dictadura militar y *desresponsabilizó a los psicoanalistas con respecto a las injusticias sociales*. Esto fue sólo posible por el discurso posmoderno que lo legitimó. Permitió la ficción de democracia a costa de ignorar la ley, en cada uno de nosotros interiorizada, que al mismo tiempo que ejercía su violencia domesticadora nos imponía una alucinada independencia para administrar nuestros propios límites para gestionar nuestras miserias.

Transcurrimos así los 80 encandilados por una democracia que fue (¿es?) sólo un síntoma. Transacción. Solución de compromiso. Resultado de las fuerzas que el más poderoso ejerció sobre el más débil. Asimetría del pacto entre la rigidez de los militares y la fragilidad de los civiles que nos habilitó para ejercer ese ilusorio psicoanálisis dessujetador cuando en realidad estábamos desplegando nuestro psicoanálisis aterrado en esta democracia terrorífica.

El psicoanalista ''comprometido'' de los 70 dejó paso al psiconalista ''desencantado'' de los 80. ''Desencantado'', en modo alguno, alude a una suerte de desapasionamiento, de fría relación con la ''causa'' freudiana o lacaniana. Por el contrario, el psicoanalista de los 80 mantuvo su integración en las asociaciones psicoanalíticas pertenecientes a la internacional. También se institucionalizó en un sinnúmero de pequeñas corporaciones privadas, escuelas y escuelitas, núcleos, seminarios, clínicas. Estas instituciones —integradas por psicoanalistas profundamente ''involucrados''— han inundado un mercado que se caracterizó por la rivalidad despiadada y la competencia inescrupulosa. Grupos de psicoanalistas disidentes —muchas veces en forma individual, pero no menos ''involucrados''— se ocuparon de desregular constantemente las normas de la competencia, tanto en la enseñanza, en la transmisión, como en la clínica psicoanalítica.

Decía que el psicoanalista ''comprometido'' de los 70 dejó paso al psicoanalista ''desencantado'' de los 80. ''Desencantado'' pero no menos implicado con la institución que lo burocratizó y lo encerró cada vez más. De ahí que *la implicación del psicoanalista de los 80 está, paradójicamente, al servicio de evitar el análisis de la implicación:* esto es, el análisis de las adhesiones a las teorías y a las instituciones del sexo, del dinero y del poder; el análisis de la participación y de la no participación, de las motivaciones y de las indiferencias, de las investiduras y las desafectaciones.

Paradójicamente durante la década del 70, en pleno renacimiento del capitalismo y cuando el genocidio tornó más transparentes los efectos de la dominación de clase, los psicoanalistas racionalizaron su indiferencia política tomando distancia de lo social y desprestigiando cualquier teorización donde lo colectivo intentara ocupar un lugar explicativo.

## IMPLICADOS EN LOS '90

Si los 70 fueron los años del intelectual ''comprometido'' y los 80 del intelectual ''desencantado'', los 90 serán años del intelectual ''implicado'' y, también, ''sobreimplicado''.

En la actualidad, el Movimiento Institucionalista nos propone una reformulación del concepto de ''implicación''. Del entrecruzamiento, de la red implicacional. De la propia implicación como psicoanalistas. Esta noción supera lo que, hasta ahora, podía quedar reducido al estudio de la contratransferencia institucional. Nos habla de la manera en la que las distintas instituciones se organizan en contextos que nos incluyen y en discursos que nos constituyen. De ahí que, más importante que el objeto de estudio que el analista se da, el análisis de las propias implicaciones sugiere reparar en lo que al analista le es dado. Aquello que recibe y lo determina de acuerdo con su posición en las relaciones sociales, en la compleja red de instituciones que lo atraviesan.

Llegamos así a reconocer cómo la implicación ha estado siempre presente: en el ''compromiso'' de los 70; en el ''desencanto'' de los 80 y en esta mezcla de ''desafectación'' y ''sobreimplicación'' de los 90.

El intelectual ''orgánico'' de los 70 podía estar más comprometido, participaba más y más de cerca en un proyecto revolucionario, pero la ausencia de un análisis de ese compromiso impedía discriminar, por ejemplo, las influencias cristianas, existencialistas, psicologistas —el sustrato teológico, en última instancia— de dicha participación.

Asimismo, la deserción, el abstencionismo, la no participación, pueden ser las formas de implicación —estrecha y ''militante''— con fuerzas altamente instituyentes, es decir, fuertemente transformadoras. ¿Acaso no podemos suponer en la desafectación silenciosa de los intelectuales (y de las grandes masas, también), en la apatía, en la indiferencia hacia las propuestas políticas partidarias, un alto grado de implicación personal contra lo instituido, esto es, contra las fuerzas conservadoras?

Pero, la desafectación ¿no podría ser tanto una respuesta a lo instituido como el efecto directo de una política neoconservadora que basa su subsistencia en la ausencia de resistencias comprometidas?

La sobreimplicación —esa desviación del concepto de implicación que alude a la explotación de la subjetividad sumada a la explotación objetiva del trabajo alienado— ¿por qué no pensarla como el sometimiento pasivo a las consignas del nuevo orden económico y social que propone la autogestión de la alienación y que se expresa —como lo recuerda Loureau— en la reciente legislación japonesa del ''karoshi'', reconocimiento del deceso por exceso de trabajo?

Entonces, para el reconocimiento de la implicación, siempre presente, se impone lo más resistido: el análisis de la implicación. Análisis despojado de la retórica del ''cuestionamiento'', de los riesgos de la psicologización, de los peligros de la sociologización.

La iniciativa pionera de los psicólogos institucionales en los 60 intenta reinstalarse, ahora, en un presente que es otro, muy distinto de aquel en cuyo seno apareció. No obstante, ser consecuentes con los pioneros supone reconocer en los titubeos y contradicciones de los psicoanalistas nuevos, a los nuevos institucionalistas. En los titubeos y contradicciones de los nuevos psicoanalistas, de los sociólogos, los educadores, los ''comunicólogos'' se insinúa el lugar posible de una producción original. Tal vez es allí donde se encuentra el germen de la verdadera identidad del Movimiento Institucionalista Argentino y Latinoamericano: en la producción asistemática, desprolija, ''ilegal'' de los ''especialistas'' devenidos, ahora, en institucionalistas ''informales''.

Pero no sólo debemos reparar en la producción de los pioneros, en la producción de los institucionalistas ''informales'' sino, también, perseguir la producción institucionalista en el proceso de apropiación masiva, en el consumo, en la refuncionalización que de los aportes institucionalistas hacen las más diversas disciplinas sin que ellas tengan clara conciencia del origen. Debemos reparar en la jerga institucionalista incluida, ya, en el lenguaje coloquial de casi todos los profesionales de las ciencias sociales.

Más aún: el Movimiento Institucionalista integra no sólo el saber de las distintas disciplinas científicas sino, también, un saber y un saber hacer de los grupos y comunidades que, por sí mismos, producen espontáneamente un conocimiento ajeno a los medios académicos tradicionales. Saber ''popular'' difícilmente encuadrable dentro de las categorías científicas consagradas. Saber político salido de la experiencia de los grupos militantes. Saber artístico generado en la práctica estética. Saber cultural abonado por los mitos de los aborígenes. Saber de los grupos para administrar, autogestionar sus recursos propios y saber para encontrar sus propias soluciones.

El Movimiento Institucionalista abre un espacio en el que los psicólogos, los psicólogos sociales, los educadores, los psicoanalistas, los sociólogos, los ''comunicólogos'', los cooperativistas, los economistas, en fin, todos aquellos a quienes la vida de las instituciones, las diferentes formas de concebirlas y las diversas maneras de institucionalizarse, han devenido en desafío para el conocimiento, puedan reconocerse, escucharse, compartir experiencias, confrontar sus ideas, acotar sus diferencias y enriquecerse mutuamente. Esto es, para luchar contra esa tendencia (tan de nuestra época) a diversificar la producción y aislarla. Diversificación que está al servicio de la fragmentación de la comunidad científica y a separar a la comunidad científica de la comunidad. Nueva forma de segmentación que impide la reorganización del mercado simbólico y que apunta a resignar toda conciencia de la totalidad, tanto como a ignorar la fuerza que da el conjunto. En otras palabras: para luchar contra el disciplinamiento que se ejerce a través de hipostasiar la especificidad de las disciplinas.

El posmodernismo ha intentado imponer la evidencia de que es imposible totalizar las diversidades. Estimuló la desesperanza y la desilución frente a las utopías evolucionistas. Introdujo la idea de la fragmentación, la desagregación, el individualismo. Pero una cosa es el reconocimiento de ésta, nuestra realidad segmentada, atomizada, y otra cosa es la celebración cínica de la situación, base para descalificar todo intento que pretenda pensar de nuevo la totalidad.

Repensar la totalidad significa despojarnos de la ingenuidad que derrochábamos en los comienzos. Significa abandonar la utopía de un saber específico, omnicomprensivo, tanto como la utopía de una interdisciplina que nos querría a todos convergiendo hacia la unificación detrás de un objeto de estudio común.

Ni disciplinario, ni multidisciplinario, ni interdisciplinario, el Movimiento Institucionalista propone un trabajo transdisciplinario. O, mejor aún, de los extradisciplinario.

El Movimiento Institucionalista está pensado como el lugar apropiado para agudizar las diferencias, para aceptar la descentralización y para reconocer la diversidad. Pero, al mismo tiempo, está concebido como el lugar propicio para juntarnos y darnos unidad. Espacio no para soldarnos, pero sí para solidarizarnos. Lugar donde las cápsulas que impiden reconocernos estallen. Lugar para desactivar el dogmatismo que aisla.

* *Psiquiatra, psicoanalista.*

Alejandro Elías

## CONTROLATE A TI MISMO

*(Por R. G.)* ''Las formas más modernas de control funcionan bajo una forma capilar, economizando, la mayoría de las veces, la coerción directa. Desde esta perspectiva, la cuestión principal del control deviene en la de la interiorización de las órdenes y no la búsqueda obsesiva del monopolio de las manipulaciones. Es así como el paradigma más significativo de imposición de regulaciones sociales deja de ser el modelo autoritario del Estado Leviatán. Debe buscárselo más bien por el lado de ciertas extrañas liberalidades del liberalismo que inducen al individuo a elegir su forma de sujetamiento, requiriéndole el autoadministrar coerciones insoslayables.''

La frase pertenece a Robert Castel, uno de los analistas institucionales que vendrá a Buenos Aires y resume uno de los grandes enigmas de las teorías sociales de nuestro tiempo: por qué (contra lo que hasta el mismo liberalismo clásico pensaba) a una mayor, casi absoluta libertad, el individuo moderno (¿habría que decir posmoderno?) responde con una mayor apatía. La hiperoferta de bienes y servicios, la colonización alienante del tiempo libre, la sobreinformación como mejor método para desinformar son sólo algunos de los bordes conexos de este fenómeno sobre el que recién se están empezando a ajustar unos pocos precarios conceptos.

Por eso extrañara a quienes se acerquen al encuentro El Espacio Institucional la curiosa variedad de temas y problemas sobre los que se discutirá. Desde la situación de los derechos humanos hasta experiencias de organización cooperativa y comunitaria; desde un replanteo de los ejes de lo público y lo privado en la familia hasta una puesta a punto de cuestiones sobre el feminismo y de la nueva masculinidad.

En todos los casos, la premisa parece ser aprovechar de cada situación y contexto específico todo aquello que permita precisar categorías que ayuden a repensar la alienación del hombre, viejo tema.

# NO LLEGO LA NUEVA RECETA

*Por Osvaldo Saidón**

El análisis institucional pregonaba en su manifiesto de lanzamiento, hace 20 años, la necesidad de construir un nuevo espíritu científico. La interdisciplina y la transdiciplina asomaban como el camino que permitiría a través de la crítica a las especialidades, abrir una perspectiva en la impasse en que se encontraban las ciencias sociales. Hoy algunas de sus pretensiones se han visto reducidas, por un lado y por el otro ha debido ir precisando sus posibilidades de intervención.

En este proceso ha tenido que continuar su trabajo de producción, experimentando mezclas diversas con otras disciplinas y pensamientos. En este sentido ha construido su instrumental y desarrollado su potencia, al posibilitar y difundir el análisis de la implicación del investigador, del terapeuta o del trabajador social en los diversos saberes por donde éstos circulan. El movimiento institucionalista es, y continuará en cuanto tal, en la medida en que mantenga ese espíritu experimentador.

Prigogine al referirse a las problemáticas que giran alrededor del problema de la creatividad trae una serie de ideas que resumen bien el espíritu que debe hacer trabajar el proceso de producción de conocimiento en este campo. Dice lo siguiente: ''El dios del científico del siglo XVII era el creador que en un acto único instauró la totalidad de lo que existe y existirá. El dios de la actualidad es un experimentador... Quizás incluso lo fuera el Dios de los judíos por el modo en que instituyó las condiciones de existencia del mundo y observó su evolución. Veintiséis tentativas preceden a la génesis actual, y todas han sido abocadas al fracaso. El mundo del hombre surgió del seno caótico de estos restos anteriores, pero ni él mismo cuenta con una etiqueta de garantía: también él está expuesto al riesgo del fracaso y al regreso a la nada. ''Con tal que aguante exclama Dios al crear el mundo y la humanidad, subrayando desde el principio que esta historia está marcada por el signo de una inseguridad radical.''

Esta inseguridad radical es la que nos previene contra el intento de pensar el movimiento institucionalista como la llegada de una buena nueva que pondrá fin a las crisis en las que se debaten hoy los trabajos de los sociólogos, los psicoanalistas y otras trabajadores sociales.

No se trata ni de un nuevo vanguardismo, ni de una ideología que viene a hacer el relevo de las disciplinas existentes, ni a traerles, un aggiornamento, necesario para su subsistencia en estas épocas de desapego y descreencia de las utopías.

El análisis institucional construye sus herramientas, y su metodología de intervención, con el objetivo de analizar el compromiso ciego de los miembros con una institución, sus afiliaciones burocratizadas, la sobreimplicación y el sobretrabajo que las instituciones obtienen de sus miembros.

En las instituciones que hoy nos toca intervenir o analizar el trabajo debe adaptarse y construir las herramientas en relación a una demanda que lleva la necesidad política y teórica de una reconstrucción mínima del tejido social, pensando y produciendo dispositivos que eviten la fragmentación y la vulnerabilidad crecientes a que se ven expuestos sus agentes.

El primer problema que enfrentamos los analistas cuando somos llamados a trabajar en una institución es el de delimitar el campo de análisis y el campo de intervención. En nuestra organización social y de pensamiento el campo de análisis está mucho más extendido que el campo de intervención. Cuando nosotros tenemos posibilidades de trabajar en una institución de alguna manera nos dicen: ''Ustedes pueden analizar lo que quieran, pero no pueden intervenir en casi nada''. ¿Qué pasa si aceptamos esta naturalización del trabajo, donde el campo de análisis es enormemente más amplio que el campo de intervención? En realidad no damos ni un solo paso porque engrosamos el análisis que a modo de un muro de resistencia hace que la intervención quede al servicio de lo que ya estaba instituido. Porque las instituciones, como las familias o, como los propios pacientes, no se transforman únicamente a través del conocimiento analítico sobre sí mismos, sino que se transforman por procesos concretos de intervención, de acción sobre la realidad y de retroacción de la realidad sobre el mismo análisis.

Hacer un análisis institucional sería entonces disminuir la distancia que el instituido produce entre campo de análisis y campo de intervención. No son pocas las ocasiones en que las interminables discusiones burocráticas y administrativas dentro de una organización están al servicio de reforzar y postergar el pasaje a un acto de intervención y movilización de las fuerzas instituyentes allí presentes.

* *Psicoanalista. Analista institucional.*

# TIDOS,
# ADOS,
# CADOS


Alejandro Elias

ectual "implicado" y, también, "sobreim-
licado".
En la actualidad, el Movimiento Institu-
ionalista nos propone una reformulación del
concepto de "implicación". Del entrecruza-
niento, de la red implicacional. De la pro-
pia implicación como psicoanalistas. Esta no-
ión supera lo que, hasta ahora, podía que-
dar reducido al estudio de la contratransfe-
encia institucional. Nos habla de la manera
en la que las distintas instituciones se organi-
zan en contextos que nos incluyen y en dis-
ursos que nos constituyen. De ahí que, más
mportante que el objeto de estudio que el
analista se da, el análisis de las propias im-
plicaciones sugiere reparar en lo que al ana-
ista le es dado. Aquello que recibe y lo deter-
mina de acuerdo con su posición en las rela-
iones sociales, en la compleja red de insti-
uciones que lo atraviesan.
Llegamos así a reconocer cómo la impli-
ación ha estado siempre presente: en el
'compromiso" de los 70; en el "desencan-
o" de los 80 y en esta mezcla de "desafec-
ación" y "sobreimplicación" de los 90.
El intelectual "orgánico" de los 70 podía
estar más comprometido, participaba más y
más de cerca en un proyecto revolucionario,
pero la ausencia de un análisis de ese com-
promiso impedía discriminar, por ejemplo,
as influencias cristianas, existencialistas, psi-
cologistas —el sustrato teológico, en última
nstancia— de dicha participación.
Asimismo, la deserción, el abstencionismo,
a no participación, pueden ser las formas de
mplicación —estrecha y "militante"— con
fuerzas altamente instituyentes, es decir, fuer-
emente transformadoras. ¿Acaso no pode-
mos suponer en la desafectación silenciosa
de los intelectuales (y de las grandes masas,
también), en la apatía, en la indiferencia ha-
cia las propuestas políticas partidarias, un al-
o grado de implicación personal contra lo
nstituido, esto es, contra las fuerzas conser-
vadoras?
Pero, la desafectación ¿no podría ser tan-
o una respuesta a lo instituido como el efecto
directo de una política neoconservadora que
basa su subsistencia en la ausencia de resis-
encias comprometidas?
La sobreimplicación —esa desviación del
concepto de implicación que alude a la ex-
plotación de la subjetividad sumada a la ex-
plotación objetiva del trabajo alienado—
¿por qué no pensarla como el sometimiento
pasivo a las consignas del nuevo orden eco-
nómico y social que propone la autogestión
de la alienación y que se expresa —como lo
recuerda Loureau— en la reciente legislación
japonesa del "karoshi", reconocimiento del
deceso por exceso de trabajo?
Entonces, para el reconocimiento de la im-
plicación, siempre presente, se impone lo más
resistido: el análisis de la implicación. Aná-
lisis despojado de la retórica del "cuestiona-
miento", de los riesgos de la psicologización,
de los peligros de la sociologización.
La iniciativa pionera de los psicólogos ins-
titucionales en los 60 intenta reinstalarse,
ahora, en un presente que es otro, muy distinto de aquel en cuyo seno apareció. No obstante, ser consecuentes con los pioneros supone reconocer en los titubeos y contradicciones de los psicoanalistas nuevos, a los nuevos institucionalistas. En los titubeos y contradicciones de los nuevos psicoanalistas, de los sociólogos, los educadores, los "comunicólogos" se insinúa el lugar posible de una producción original. Tal vez es allí donde se encuentra el germen de la verdadera identidad del Movimiento Institucionalista Argentino y Latinoamericano: en la producción asistemática, desprolija, "ilegal" de los "especialistas" devenidos, ahora, en institucionalistas "informales".

Pero no sólo debemos reparar en la producción de los pioneros, en la producción de los institucionalistas "informales" sino, también, perseguir la producción institucionalista en el proceso de apropiación masiva, en el consumo, en la refuncionalización que de los aportes institucionalistas hacen las más diversas disciplinas sin que ellas tengan clara conciencia del origen. Debemos reparar en la jerga institucionalista incluida, ya, en el lenguaje coloquial de casi todos los profesionales de las ciencias sociales.

Más aún: el Movimiento Institucionalista integra no sólo el saber de las distintas disciplinas científicas sino, también, un saber y un saber hacer de los grupos y comunidades que, por sí mismos, producen espontáneamente un conocimiento ajeno a los medios académicos tradicionales. Saber "popular" difícilmente encuadrable dentro de las categorías científicas consagradas. Saber político salido de la experiencia de los grupos militantes. Saber artístico generado en la práctica estética. Saber cultural abonado por los mitos de los aborígenes. Saber de los grupos para administrar, autogestionar sus recursos propios y saber para encontrar sus propias soluciones.

El Movimiento Institucionalista abre un espacio en el que los psicólogos, los psicólogos sociales, los educadores, los psicoanalistas, los sociólogos, los "comunicólogos", los cooperativistas, los economistas, en fin, todos aquellos a quienes la vida de las instituciones, las diferentes formas de concebirlas y las diversas maneras de institucionalizarse, han devenido en desafío para el conocimiento, puedan reconocerse, escucharse, compartir experiencias, confrontar sus ideas, acotar sus diferencias y enriquecerse mutuamente. Esto es, para luchar contra esa tendencia (tan de nuestra época) a diversificar la producción y aislarla. Diversificación que está al servicio de la fragmentación de la comunidad científica y a separar a la comunidad científica de la comunidad. Nueva forma de segmentación que impide la reorganización del mercado simbólico y que apunta a resignar toda conciencia de la totalidad, tanto como a ignorar la fuerza que da el conjunto. En otras palabras: para luchar contra el disciplinamiento que se ejerce a través de hipostasiar la especificidad de las disciplinas.

El posmodernismo ha intentado imponer la evidencia de que es imposible totalizar las diversidades. Estimuló la desesperanza y la desilusión frente a las utopías evolucionistas. Introdujo la idea de la fragmentación, la desagregación, el individualismo. Pero una cosa es el reconocimiento de ésta, nuestra realidad segmentada, atomizada, y otra cosa es la celebración cínica de la situación, base para descalificar todo intento que pretenda pensar de nuevo la totalidad.

Repensar la totalidad significa despojarnos de la ingenuidad que derrochábamos en los comienzos. Significa abandonar la utopía de un saber específico, omnicomprensivo, tanto como la utopía de una interdisciplina que nos querría a todos convergiendo hacia la unificación detrás de un objeto de estudio común.

Ni disciplinario, ni multidisciplinario, ni interdisciplinario, el Movimiento Institucionalista propone un trabajo transdisciplinario. O, mejor aún, de los extradisciplinario.

El Movimiento Institucionalista está pensado como el lugar apropiado para agudizar las diferencias, para aceptar la descentralización y para reconocer la diversidad. Pero, al mismo tiempo, está concebido como el lugar propicio para juntarnos y darnos unidad. Espacio no para soldarnos, pero sí para solidarizarnos. Lugar donde las cápsulas que impiden reconocernos estallen. Lugar para desactivar el dogmatismo que aisla.

** Psiquiatra, psicoanalista.*

# NO LLEGO LA NUEVA RECETA

**_Por Osvaldo Saidón*_**

El análisis institucional pregonaba en su manifiesto de lanzamiento, hace 20 años, la necesidad de construir un nuevo espíritu científico. La interdisciplina y la transdisciplina asomaban como el camino que permitiría a través de la crítica a las especialidades, abrir una perspectiva en la impasse en que se encontraban las ciencias sociales. Hoy algunas de sus pretensiones se han visto reducidas, por un lado y por el otro ha debido ir precisando sus posibilidades de intervención.

En este proceso ha tenido que continuar su trabajo de producción, experimentando mezclas diversas con otras disciplinas y pensamientos. En este sentido ha construido su instrumental y desarrollado su potencia, al posibilitar y difundir el análisis de la implicación del investigador, del terapeuta o del trabajador social en los diversos saberes por donde éstos circulan. El movimiento institucionalista es, y continuará en cuanto tal, en la medida en que mantenga ese espíritu experimentador.

Prigogine al referirse a las problemáticas que giran alrededor del problema de la creatividad trae una serie de ideas que resumen bien el espíritu que debe hacer trabajar el proceso de producción de conocimiento en este campo. Dice lo siguiente: "El dios del científico del siglo XVII era el creador que en un acto único instauró la totalidad de lo que existe y existirá. El dios de la actualidad es un experimentador... Quizás incluso lo fuera el Dios de los judíos por el modo en que instituyó las condiciones de existencia del mundo y observó su evolución. Veintiséis tentativas preceden a la génesis actual, y todas han sido abocadas al fracaso. El mundo del hombre surgió del seno caótico de estos restos anteriores, pero ni él mismo cuenta con una etiqueta de garantía: también él está expuesto al riesgo del fracaso y al regreso a la nada. "Con tal que aguante exclama Dios al crear el mundo y la humanidad, subrayando desde el principio que esta historia está marcada por el signo de una inseguridad radical."

Esta inseguridad radical es la que nos previene contra el intento de pensar el movimiento institucionalista como la llegada de una buena nueva que pondrá fin a las crisis en las que se debaten hoy los trabajos de los sociólogos, los psicoanalistas y otras trabajadores sociales.

No se trata ni de un nuevo vanguardismo, ni de una ideología que viene a hacer el relevo de las disciplinas existentes, ni a traerles, un aggiornamento, necesario para su subsistencia en estas épocas de desapego y descreencia de las utopías.

El análisis institucional construye sus herramientas, y su metodología de intervención, con el objetivo de analizar el compromiso ciego de los miembros con una institución, sus afiliaciones burocratizadas, la sobreimplicación y el sobretrabajo que las instituciones obtienen de sus miembros.

En las instituciones que hoy nos toca intervenir o analizar el trabajo debe adaptarse y construir las herramientas en relación a una demanda que lleva la necesidad política y teórica de una reconstrucción mínima del tejido social, pensando y produciendo dispositivos que eviten la fragmentación y la vulnerabilidad crecientes a que se ven expuestos sus agentes.

El primer problema que enfrentamos los analistas cuando somos llamados a trabajar en una institución es el de delimitar el campo de análisis y el campo de intervención. En nuestra organización social y de pensamiento el campo de análisis está mucho más extendido que el campo de intervención. Cuando nosotros tenemos posibilidades de trabajar en una institución de alguna manera nos dicen: "Ustedes pueden analizar lo que quieran, pero no pueden intervenir en casi nada". ¿Qué pasa si aceptamos esta naturalización del trabajo, donde el campo de análisis es enormemente más amplio que el campo de intervención? En realidad no damos ni un solo paso porque engrosamos el análisis que a modo de un muro de resistencia hace que la intervención quede al servicio de lo que ya estaba instituido. Porque las instituciones, como las familias o, como los propios pacientes, no se transforman únicamente a través del conocimiento analítico sobre sí mismos, sino que se transforman por procesos concretos de intervención, de acción sobre la realidad y de retroacción de la realidad sobre el mismo análisis.

Hacer un análisis institucional sería entonces disminuir la distancia que el instituido produce entre campo de análisis y campo de intervención. No son pocas las ocasiones en que las interminables discusiones burocráticas y administrativas dentro de una organización están al servicio de reforzar y postergar el pasaje a un acto de intervención y movilización de las fuerzas instituyentes allí presentes.

** Psicoanalista. Analista institucional.*

# EL DETECTIVE, EL POLICIA Y EL ANALISTA INSTITUCIONAL

**Por Gregorio Kaminsky ***

Las formas de acción del analista institucional no son cómodas ni están establecidas. Su práctica no está prescripta por las estipulaciones de una teoría o modelo. Prefiere algunas formas etnológicas antes que forjar unas mecánicas regulares de operación.

Sin duda, la elección por cierta incomodidad intervencional no es una predilección transgresiva por un gusto atávico. No se trata de recursos nostálgicos; es, antes bien, el resultado de la experiencia en prácticas donde suelen abundar la vocación centralizadora y la totalizante.

Analizar las instituciones no es una novedad científica, se trata de incidir en el grano microfísico de las grandes configuraciones. Analizar lo institucional es operar en el gran conglomerado a través de aquello que es su límite, cuando comienza a dejar de serlo para empezar a ser otra cosa. Una experiencia de los límites.

Trabajar en las instituciones no consiste en salir de las mismas, es instrumentar distancias operativas. Somos ellas, sin serlo completamente. Por ejemplo, una forma de distancia es escuchar la institución en sus elocuencias silenciosas. Ahora bien, llevarlo a cabo no es tarea sencilla, requiere entrenamiento que no es adscripción o asignación ya establecida.

No decimos que analista institucional se nace; la naturaleza humana está despojada, afortunadamente, de ello. De lo que no lo está es de las formas sociales-culturales, o sea institucionales, de su inscripción al mundo mundo humano.

Formas de valoración y de verdad, formas de regulación social y de ley, un plexo completo de inscripción instituida de los sujetos.

Sin embargo, la historia —su archivo— nos documenta de momentos excepcionales, actos significativos: todo un repertorio de lo social-instituyente.

La literatura, archivo por excelencia o excelencia de los archivos, presta al analista institucional documentaciones para su ejercicio.

En el discurso literario se encuentran, también, los más sutiles tratados de metodología sin convocatoria prescriptiva o mero recetario operacional. El género policial es muestra palpable —palpitante— de ello.

Ayudémonos con el escritor y crítico argentino Ricardo Piglia, involuntario analista de instituciones *avant-la-lettre*, a pesar de no aspirar a ello.

El policial es un género con origen, fechado y datado. Se trata de una investigación, un relato en el que se investiga algo que no se conoce, un no saber que debe ser descubierto, enigmático.

Pero, no consiste en una investigación donde el narrador, sujeto por excelencia en el discurso literario, sabe ya los resultados y conduce al lector. En el policial hay otro actor, que desmiente la omnipotencia excluyente del narrador. Personaje diferenciado del narrador, inaugura un "punto de vista", ni omnicomprensivo ni trascendente al propio espacio narrativo.

Se trata del detective.

Es Poe quien le pone fecha y nombre; luego lo completarán Chandler, Hammett y otros; asimismo, atraviesa la novela moderna, como el investigador monástico de Eco. El detective está implicado en el proceso narrativo y debe a sus artes la puesta adecuada de las distancias para abrirse al saber dentro de un mundo del no saber.

Con el analista institucional ocurre algo bastante parecido. No es narrador ni apologista de su problema sino que *interviene*, y con lo poco que sabe, induce otros saberes que sospecha y analiza.

¿Cuál es la condición de posibilidad para que alguien se autoinstituya como el detective del género policial?

La respuesta es simple, su ejercicio,arduo: detective es aquel que es capaz de enfrentar la problemática de la verdad o la ley justamente porque no está asociado a una inserción institucional.

Si, precisamente, estuviera implicado de forma tal que sus distancias fueran proximidades sin discernimiento, entonces su inserción institucional no lo configuraría como detective sino como... policía.

El policía está asociado a la institución estatal y sus servicios, por ejemplo los de "inteligencia".

El detective inaugura otra forma de inteligencia, no ligada a otro servicio que la búsqueda de la verdad sin modelo anticipatorio: la inteligencia privada del detective privado. El detective privado es uno de los paradigmas subjetivos del mundo moderno.

¿Es pura subjetividad no contaminada?, ¿desimplicación absoluta? En modo alguno; toda la subjetividad moderna está recorrida por la subjetivación in-mediada y por el imaginario del neoindividualismo posesivo a ultranza.

Aquello que hace peculiar la posición detectivesca es su implicación con el no saber; se sobre-implica con ello y se coloca a distancia de la institución, del acontecimiento y del narrador mismo que lo instituye.

Del mismo modo, vemos en ello el esfuerzo —poco sencillo y para nada gratuito— del institucionalista. Ponerse a distancia de la institución que lo convoca, del acontecimiento específico y de su propio carácter de supuesto especialista.

Las artes del detective son inespecíficas, múltiples; las del policía no. Las herramientas del analista institucional son, también, inespecíficas y múltiples; por eso no se reclama teórico, experto o dueño de un saber. No aspiran —detective e institucionalista— a ser "el inspector". Detective y analista reclaman para sí el *no saber*.

¿Por qué afirmamos que ésta no es una predilección por la marginalidad o la transgresión? Porque la sociedad tolera perfectamente esas frecuentaciones, incluso las invoca; mientras no se deconstruyan esas moles esencializadas que son el hombre, la familia, y toda *otra institución* "celular" de lo social.

Sucede que de "celulares" no conocen sólo los biólogos sino que, metáforas del encierro, conoce todo ciudadano viviente.

El detective —célibe— no pertenece ni a la sociedad de los delincuentes ni a la sociedad de la ley; ambas, institucionalidades oficiales. Sin embargo, no está "fuera" de ellas ni "fuera" de otra sociedad. Está fuera de sus prescripciones instituidas.

El institucionalista no pertenece a la sociedad de los instituyentes ni a la sociedad de los instituidos. Así como no está "fuera" de ellas, es seducido por el imaginario radical-disciplinario por ser, él mismo, más instituyente que la sociedad dispuesta a ello.

El detective no interpreta porque no dispone de modelos ni se propone tenerlos; opera en la singularidad absoluta. El institucionalista tampoco interpreta, analiza sin modelos en la singularidad propia de la intervención.

La verdad del crimen no radica en el develamiento de lo ocurrido, sino en la construcción de un acontecimiento verosímil y eficaz. Nadie será juzgado por lo que hizo, sino —en todo caso— por lo que sus hechos permitirán hacer (quizá por lo que no hizo).

Convengamos pues: el analista institucional se resguarda de ser "cana"; y se previene de toda canalización informativa.

El detective, "hombre flaco" que descifra el enigma de una "carta robada"; nomádico sujeto de "la rue Morgue" se ofrece como cartógrafo de acontecimientos, efímeros devenires de la vida.

** Doctor en Filosofía. Analista institucional.*

# LA INSTITUCION INDISPUESTA

**Por Cristián Varela***

Niños, planillas de registros, batracios diseccionados, hojas de carpeta tamaño normalizado, planificaciones, pupitres alineados, adultos contratados o nombrados, banderas, baños diferenciados por sexos, sexos indiferenciados por aulas y diferenciados por filas, días de pago, reglamentos, reglas de tres simple, reglas largas de madera, menarcas, prevenciones, guardapolvos, himnos sagrados, interinatos, suplencias, cartulinas geométricas, discursos, mapas sin división política, horarios... ¿Qué hay en principio en común entre el discurso —digamos, por ejemplo— de la botánica y el modo en que se alinean los pupitres en un aula? ¿Qué relación lógica o necesaria —anterior y externa al dispositivo escolar— existe entre ese saber y ese esquema mobiliario?

Las instituciones reúnen biblias y calefones. Palabras y cosas. Foucault concibe a los dispositivos como un conjunto heterogéneo de elementos que establecen entre sí vínculos particulares, cuando son reunidos por alguna urgencia histórica (necesidad social). Heterogeneidad que compete por sobre todo a las (in)relaciones entre palabras y cosas, enunciados y visibilidades, cuerpos y disciplinas.

El enigma de las instituciones radica en que ellas son un compuesto de elementos heterogéneos. Compuesto inestable. Términos tales como "establecimiento", "organización"..., parecieran corresponderse más con una formulación de deseos, que con realidades efectivas.

El enigma de las instituciones radica en el equívoco que significa querer verlas a la luz de una razón organizada, estable, compuesta; razón que ellas desmienten con la eficacia de la sinrazón que les es propia. El orden institucional (las órdenes) es la formulación en clave imperativa de esos quereres, más imperiales que imperiosas. Si algo debe ordenarse es porque carece de orden... o porque se le desconoce el orden que posee. Desconocimiento que puede centrase en la ignorancia, pero abarca la gama que va de la inconsciencia a la mala conciencia.

De todas maneras, aunque fueran reconocidos los órdenes propios de los elementos que componen el dispositivo institucional, ello no desembocaría en "una razón compuesta" de la institución, en una "buena forma" finalmente hallada de armonía social.

Porque se trata de elementos diversos, con lógica, sentidos e inercias distintas, convocados a una coexistencia común según un diagrama estratégico de fuerzas. No es lícito suponer que deban llevarse bien.

Existe, luego, en los dispositivos institucionales, una sinrazón originaria inherente a la multiplicidad de los elementos que lo componen; sobre ésta se impone una razón de urgencia o fuerza mayor; y, toda vez que los funcionamientos efectivos traen aparejados inconvenientes imprevistos; toda vez que surgen nuevas necesidades y se modifican las relaciones de fuerzas (grupales, sociales, institucionales), se producen entonces razones alternas, se generan nuevas lógicas, sentidos, intenciones... En las escuelas del conurbano se instituyen comedores escolares: la escuela enseña y alimenta (y disciplina y socializa y previene).

Ergo, tres tipos de razones que descomponen o analizan la unidad imaginaria de la institución.

La indisposición institucional, el malestar que —reconocimiento mediante— convoca al analista institucional, es casi siempre del orden de una variación en las relaciones de fuerza. Variación que es mostración de la variedad real del dispositivo y analizadora de su unidad imaginaria. Variación que puede suscitarse tanto en las relaciones entre instancias internas de la institución (renuncia de un director) cuanto con instancias externas (retracción del mercado). Inter/exterioridad de las relaciones institucionales que remite a su ubicuidad enigmática.

El enigma de las instituciones radica en que están no sólo donde las buscamos, nunca son únicamente lo que creemos y —para herida nuestra— también somos ellas.

** Analista institucional.*